

A partir de este momento, la inclinación de Borges hacia todo lo que representaba el bando de los Aliados en el orden político nacional e internacional, fue absoluta y definitiva. Se trataba de una opción más que ideológica —si es que se puede utilizar este concepto en su caso—: era la confirmación de su amor irrestricto a la herencia literaria y sentimental de Inglaterra y, en el caso de la Argentina, a la misma tradición liberal y «unitaria», en el sentido en que lo hemos aclarado anteriormente.

El peronismo enemigo

La posición «aliadófila», como se decía entonces, de Borges no fue una singularidad suya ni representó una ruptura con los sentimientos predominantes en la sociedad argentina y mucho menos entre los escritores. Se suele repetir que, durante la guerra, la mayoría de los argentinos fueron partidarios del Eje, pero no fue así. A pesar de que el país fue neutral —porque así convenía a los británicos, que de ese modo monopolizaban una ayuda que jamás les faltó—, los simpatizantes de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos predominaban en una proporción abrumadora. Muchas y poderosas sociedades congregaban a lo más representativo del mundo político, social y económico de la Argentina: todos los partidos políticos democráticos, que constituían una aplastante mayoría, desde el conservadurismo hasta el socialismo, después de 1941, al comunismo. También la prensa periódica, tan importante en la sociedad contemporánea, era unánime en su adhesión a la causa de los Aliados, hasta el punto de que los partidarios de la victoria alemana se vieron obligados a publicar un diario: *El Pampero*. En cuanto a los escritores que disientían eran una ínfima minoría, aunque hubiera entre ellos algunos pocos de auténtica significación y lo mismo cabe decir de los dirigentes políticos. Otra excepción eran los oficiales del Ejército, donde había habido una fuerte tradición germánica, pero su representación numérica y política no era importante y sólo impusieron sus criterios después del golpe de Estado del 4 de junio de 1943, sin que cambiara por ello aquella opinión pública mayoritariamente aliadófila.

Consecuente con sus ideas y sentimientos, Borges acentuó su rechazo de todo lo que significara nacionalismo y germanofilia. Dos muestras elocuentes son su «Anotación al 23 de agosto de 1944», aparecido en *Sur* en septiembre de 1944 con motivo de la reconquista aliada de París y «*Deutsches Requiem*», que fue recogido en el volumen *El Aleph* (1949).

Pero el acontecimiento decisivo para la definición política de Borges, fue la aparición en la vida argentina del coronel Juan Domingo Perón, surgido del grupo de militares que tomó el poder en 1943 y que, desde el gobierno, organizó el movimiento gracias al cual fue elegido Presidente de la República en febrero de 1946. Esta primera etapa del régimen duraría hasta septiembre de 1955.

Como casi todos los miembros de los sectores dirigentes argentinos y, desde luego, de los intelectuales y escritores liberales, Borges se opuso desde el primer momento a Perón y el peronismo y el régimen contestó persiguiendo a los disidentes, lo cual, en el caso particular de Borges, representó la expulsión del modestísimo empleo que tenía en una biblioteca municipal. No cabe examinar aquí las relaciones, pésimas y odiosas, de Borges con Perón y el peronismo, pero quienes conocen la vida y las opiniones del escritor, saben muy bien que constituyen un capítulo importante de la inserción de Borges en la vida argentina. Su crítica del peronismo lo enfrentó con grandes mayorías del populismo argentino, y, sobre todo con el periodismo que las halagaba y que se complacía en provocarlo para que el famoso escritor respondiera con agresiones, ironías y sarcasmos que ponían de relieve su desdén por la demagogia. Pero mantuvo esta convicción tenazmente hasta el día de su muerte.

Desde el punto de vista de nuestro tema, hay que recordar que el peronismo confiscó casi todo el nacionalismo, de derecha e izquierda: ideas, temas, dirigentes y partidarios. La vieja inquina de Borges contra este movimiento y sus partidarios, alcanzó entonces, los más altos grados de virulencia. A partir de entonces, para Borges, nacionalismo fue sinónimo de peronismo y a las razones que siempre tuvo para rechazar estas ideas, agregó el desprecio y la inquina feroz que sentía frente al peronismo.

Lugones había muerto hacía muchos años y Borges lo recordaba como poeta, sin apenas referirse a las ideas políticas que aquél profesara en los últimos años de su vida. Pero el nacionalismo y los nacionalistas eran una presencia actual, por lo cual la crítica de Borges no dejaba pasar ninguna oportunidad de manifestar su repudio.

Una circunstancia que incidió polémicamente en su ánimo fue el auge creciente de la izquierda, cuya difusión aumentó en Iberoamérica después de la aparición del castrismo en 1959. Nacionalistas, peronistas e izquierdistas coincidían en atacar a Borges por sus opiniones políticas, lo cual acendró en él su proverbial cosmopolitismo y su amor a una literatura que, despojada de todo compromiso nacional, social y político, sólo se preocupara de sus logros estéticos.

Este marco de época es muy importante, tanto para comprender a Borges como el alcance de sus opiniones políticas. Desde finales de la década de 1950, Borges había pasado de ser un escritor de minorías, cuya admiración era casi una cuestión de grupo, a convertirse en un autor de gran difusión. Sobre todo después de 1955, cuando el gobierno militar de la llamada «Revolución Libertadora» premió su ferviente anti-peronismo con el reconocimiento oficial y público de su importancia literaria: fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, doctor «Honoris Causa» de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), Premio Nacional de Literatura, etc.

Pero a medida que se reconocía su personalidad intelectual, durante las décadas de 1960 y 1970, muchos sectores políticos e intelectuales buscaron un acercamiento al peronismo proscrito y algunos periodistas y escritores de militancia nacionalista e izquierdista, planearon levantar aquellas figuras literarias que podían dar mayor

lustre a dicho movimiento. Se produjo así una operación de periodismo político-literario para rescatar de un aparente olvido al poeta y novelista Leopoldo Marechal, nacionalista y sobre todo peronista, viejo enemigo de Borges, en cuya novela *Adán Buenosayres* (1948), éste era satirizado cruelmente.

Marechal fue erigido en el «Anti-Borges», es decir, su contrafigura, y durante años fue un ejercicio favorito de críticos y periodistas el provocar a éste con preguntas y declaraciones que buscaban ahondar este antagonismo. Borges, que en esta nueva etapa de su fama, había abandonado la parquedad recoleta y tímida de su juventud y gozaba con su papel de transgresor de las mayorías, colaboró entusiastamente con este juego y no ahorró ironías y sarcasmos con respecto a Marechal y, desde luego, al nacionalismo y al peronismo.

No referimos estas particularidades con intención de cotilleo literario, sino porque cuentan cuando se consideran las opiniones de Borges, muy sensible a estas ondas polémicas pero que, a pesar de sus caprichos y arbitrariedades, mantuvo siempre una gran coherencia con las convicciones intelectuales y políticas maduradas a partir de 1930. Sin embargo, en su rechazo del nacionalismo hay un acento y una agresividad persistente que se comprenden mejor a la luz de su profunda enemistad hacia el peronismo. Por otra parte, este tema surge siempre en las mencionadas conversaciones de los últimos años, las cuales, a su vez, cobran otro relieve en este marco que procuramos esbozar.

Nacionalismo y universalismo

Dijimos anteriormente que el nacionalismo era una forma extrema del patriotismo y que en Borges se daba un conflicto de sentimientos en razón de la doble tradición que definían los ejemplos de su padre y su madre. Sin duda en Borges existía ese orgullo nacional que, en sus aspectos más superficiales y llamativos, es uno de los rasgos negativos con que los argentinos y especialmente los porteños, cosechan las mayores antipatías. Pero este sentimiento estaba moderado en él por la razón y el sentido del humor. Además, desde sus primeros escritos juveniles él también recogió esa tradición de autocrítica que se advierte en la literatura y el pensamiento argentino, desde Sarmiento a Martínez Estrada y Sebrelli.

Rechazaba el énfasis retórico y se avergonzaba de las exhibiciones de patriotismo que, para él, eran típicas de argentinos recientes y de descendientes de italianos afanosos por lograr una identificación con los rasgos nacionales. Los verdaderos argentinos, parecía decir, no necesitan de esos alardes pomposos que denunciaban el mal gusto y la inautenticidad. «Las ilusiones del patriotismo no tienen término», escribió, y aunque conocía que todos los pueblos del mundo y, en especial, los ingleses que tanto amaba padecían del mismo achaque, no podía soportar que los exhibieran los argentinos.

Esta reacción estética se completó con el escepticismo, que llegó a ser su convicción más profunda, y su desconfianza hacia el patriotismo, sólo admitido en la intimidad púdica de la conciencia individual, alcanzó un grado extremo cuando criticó a los nacionalistas.

Se complacía en recordar el anarquismo filosófico de su padre, devoto de Spencer, y su idea de que el mejor gobierno es el que requiere un mínimo de Estado. Los argentinos, afirmaba en «Nuestro pobre individualismo» (1946), creen que el mundo es un caos y que el Estado es una abstracción molesta con la cual no se identifican. El argentino no es un ciudadano sino un individuo y esta condición es valiosa frente a los abusos del comunismo y el nazismo. Los nacionalistas, sostenía, pululan con la intención de fomentar los mejores rasgos argentinos pero alientan la utopía de un Estado «infinitamente molesto», que ignora la verdadera condición de nuestro pueblo¹¹.

Consecuente con este rechazo de todo lo que se pretendiera valorizar por su exclusiva condición de argentino y en especial de los rasgos populares, siempre irracionales, elementales y espurios, Borges no ahorró críticas a los mitos argentinos: *Martín Fierro* y la literatura gauchesca, las letras del tango, Carlos Gardel, finalmente, el peronismo. En el texto donde mejor sintetizó sus ideas acerca del sentido que debían tener las letras y la cultura de un país, «El escritor argentino y la tradición» (1951), particularizó su oposición al nacionalismo.

Borges afirmaba que la literatura argentina no debía buscar su singularidad apoyándose en rasgos específicos y en el «color local», lo cual limita una capacidad creadora que es capaz de tenderse hacia lo universal. La tradición que los argentinos pueden reivindicar y aprovechar, no sólo es la española; la incluye pero se extiende a todo el universo. No estamos solos, aunque eso fuera más patético y quizá más interesante, como todo lo exótico y folklórico. Nos acompaña todo lo que ha hecho la riqueza de Occidente y podemos utilizarla sin supersticiones ni reverencias. Lo que importa no es el proyecto de ser argentinos sino el realizar una obra valiosa:

Por eso repito que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos; porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara. Creo que si nos abandonamos a ese sueño voluntario que se llama la creación artística, seremos argentinos y seremos, también, buenos o tolerables escritores¹².

Desde el nivel de sus preocupaciones intelectuales, rechazaba al nacionalismo, más odioso todavía por estar ligado, en su percepción, al peronismo, pero en realidad condenaba todo lo que significara la aceptación de sentimientos elementales, aunque confesara que, a veces, cedía ante su innegable presencia. Así, contaba que a pesar de su repugnancia por las letras y el ambiente patibulario del tango, se puso a llorar cuando oyó, en el extranjero, un tango cantado nada menos que por Gardel. María Esther Vázquez, por su parte, relata que en un viaje por Escocia, Borges, traicionado

¹¹ Jorge Luis Borges, «Nuestro pobre individualismo». En su: *Otras inquietudes* (1937-1952). Buenos Aires, Sur, 1952, págs. 43-45.

¹² Jorge Luis Borges, «El escritor argentino y la tradición». En su: *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1957, pág. 162.